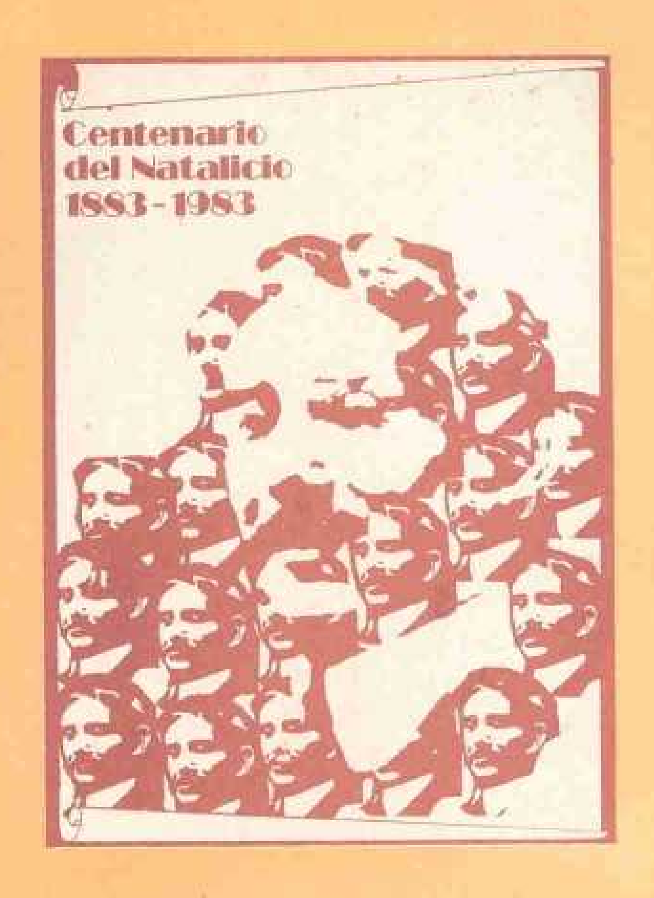




Obra Literaria de Ricardo Miró

NOVELA Y CUENTO

Obra Literaria de Ricardo Miró

CENTENARIO DEL NATALICIO

1883 - 1983

NOVELA Y CUENTO



© Editorial Mariano Arosemena,
Instituto Nacional de Cultura
OBRA LITERARIA DE RICARDO MIRO
Centenario del Natalicio (1883-1983)
Primera Edición
Editorial Mariano Arosemena
Cubierta y diagramación: Juan Dal Vera
(arte de Miguel Priano, ganador del
Certamen de Cartel Alusivo al
Centenario de Ricardo Miró, 1983).
Tiraje: 1,000 ejemplares.
Impresora de La Nación (INAC)
Panamá, junio de 1984

PRESENTACION

Este año se cumple el Centenario del Nacimiento de uno de nuestros más ilustres escritores: Don Ricardo Miró. Dentro del marco de las actividades programadas por la Comisión Nacional Organizadora de los Actos Conmemorativos de dicho centenario, se aprobó, por parte del Instituto Nacional de Cultura (INAC), la publicación de la obra literaria del poeta.

Esta edición que ponemos a disposición de estudiantes, profesores, intelectuales y público en general, no registra, en verdad, ni las obras selectas, ni la obra completa de Ricardo Miró, ya que hace falta recoger mucho e interesante material literario que se encuentra disperso en periódicos y revistas, tanto dentro como fuera del país. Por tal motivo, este esfuerzo representa la recopilación de una parte de su producción, lo cual ha sido posible gracias a la colaboración que nos ofrecieran su hijo, el Prof. Rodrigo Miró, y la Universidad de Panamá.

Esta edición consta de dos volúmenes. El primero, reproduce los libros y cuadernos poéticos publicados por Miró. El segundo, reúne los cuentos localizados en periódicos y revistas, un ensayo de novela titulado "Flor de María" y "Las Noches de Babel", novela publicada por entregas en el año de 1913, en el Diario de Panamá. Incluimos como anexo una breve biografía del poeta.*

LA EDITORIAL MARIANO AROSEMENA del INAC, encargada de cumplir la responsabilidad contraída por la institución, espera con esta publicación llenar el cometido propuesto y entregar al pueblo panameño una obra a todas luces necesaria para el mejor conocimiento de una de las más importantes figuras de nuestra literatura.

Diógenes Cedeño

Dr. Diógenes Cedeño Cenci
Director General,
Instituto Nacional de Cultura.
Panamá, noviembre de 1983.

(*) En el año de 1957, el Prof. Mario Augusto Rodríguez publicó "Estudio y Presentación de los Cuentos de Ricardo Miró", trabajo que reúne buena parte del material que se incluye en la edición poética, aparte.



ATAVISMO

(DE UN ENSAYO DE NOVELA)

— Padre Antonio: os voy a suplicar una cosa; pero antes que todo os ruego que no me trateis como a un niño, sino como á un hombre que soy, a despecho de mis cortos años, como a un hombre que ha adivinado a través de las risas de los demás la amargura de la vida y que iluminado por unas cuatro palabras sueltas al acaso ha sospechado la triste historia que dió pábulo á su existencia.

Aquí Pedro se detuvo un momento porque se sentía fatigado. El Padre Antonio suspiró, palideció intensamente y comenzó á moverse nerviosamente, como si se sintiera mal en su ancho taburete de cuero.

El joven continuó: Debeis saber que ha llegado al pueblo un anciano alto y noble, de ojos azules como el mar y de cabellos blancos como las espumas, a quien llaman el abuelo Matías. Pues bien, yo leía en las rocas en el sitio donde acostumbro hacerlo, cuando comprendí que en un grupo que se había formado en torno del abuelo Matías se hablaba de mí. No pude saber qué cosas dirían; pero de pronto el anciano corrió hacia mí con los brazos abiertos y llenos los ojos de lágrimas, diciendo: Pedro, Pedro, el hijo de Magdalena. . . Quién lo hubiera dicho!. . . Y no haberlo reconocido cuando tiene el rostro dulce de ella y la gravedad del padre. . . Pobre Magdalena. .. Si viviera. ..tan buena, tan santa...y tan desgraciada. ..

Ahora bien, agregó Pedro, quiero que me conteis esa historia con todos sus detalles, pero con todos, sin omitir uno solo. Y la voz y el gesto del joven tenían un sello de autoridad y de superioridad que el anciano sacerdote no podía resistir. No os imagineis, continuó, que vais a causarme dolor porque en la oscuridad que me rodeaba con respecto de mi vida y la de mis padres, no puede caber mayor amargura. Comenzad, pues, que os escucharé. . .

El Padre Antonio sollozaba dolorosamente con la venerable cabeza blanca entre las manos.

—No os aflijais, Padre, la vida es dolor; desgraciado de aquel que no llora porque no conocerá jamás el valor de una sonrisa. Y enjugó las lágrimas del sacerdote y lo excitó para que principiara su relato.

—Ya que es necesario hablar, hablaré; pero pongo a Dios por testigo de que jamás pensé haberte dado semejante disgusto. Y se enjugó de nuevo las lágrimas que le corrían por las mejillas y principió así:

—Hace diez y siete años justamente, llegó al pueblo un caballero distinguido de noble y severo continente. A pesar de su retraimiento tenía un carácter dulce y nadie tuvo que arrepentirse de haber acudido a él en demanda de algo. Se llamaba Armando Tablanca y había venido al pueblo en busca de su salud un tanto quebrantada. Tomaba baños de mar y gustaba de beber leche, vaso tras vaso, en el mismo corral del abuelo Patricio. Todos le queríamos al verle tan triste, tan noble y tan dulce. Por las tardes salía al mar, en un pequeño bote, con Magdalena, la muchacha más bella que hubo en este lugar, y remaba y remaba porque decía que tenía necesidad de hacer ejercicio y porque se sentía animado al respirar a pulmón lleno la pura y fresca brisa del Mar. Así principiaron aquellos amores, dulces y plácidos como un paisaje de Luna y que la Muerte rompió con zaña cruel. Tu padre murió cuando ya te agitabas en las entrañas de tu madre. Por el campo, por las playas, por encima del verde oceano, pasearon su amor y su felicidad, él severo grave, dulce y doloroso como Jesús de Nazaret, y ella alegre y bulliciosa como una gaviota y rubia y riente como un día de Verano. . . Tu padre murió cuando ya te agitabas en las entrañas de tu madre y ella que lo adoraba con locura lo siguió en su eterno viaje el mismo día que te dió vida, como si hubiera temido llevarte con ella a lo desconocido. . .

Y el Padre Antonio dobló la cabeza de dolor y de fatiga.

—Decís, Padre, que él no me conoció?. . .

—Tu Padre murió llevando la amargura de no haber tenido vida suficiente para besarte, porque sabía que ibas a venir al mundo. Un día entró alborozado en esta misma pieza y me abrazó con fuerza. Sabed, Padre, me dijo, que Magdalena va a ser madre de mi primogé-

nito; lo he sentido latir en sus entrañas y he temblado con un gozo desconocido, infinito, y he sentido vibrar mi corazón al compás de los estremecimientos de mi hijo. . . Cifró desde ese momento en tí todas sus esperanzas, pero la Muerte vino implacable y apremiante con una prisa que no admitía replicas. Se desesperó rebelándose al designio fatal; no pedía la vida sino una tregua; sólo pedía besarle la frente á su hijo para morir después; pero nada, la hora fatal había llegado y era inútil resistir lo irresistible. Entonces me llamó y me dijo: Padre; a vos os encomiendo mi hijo. Dirigídmele de pequeño, y cuando cumpla diez y siete años lo enviais a estudiar a una Universidad de fama con este dinero que teneis aquí. Y diciendo esto me entregó una cartera llena de billetes de banco.

Aquella misma noche murió tranquilamente, después del último acceso que tuvo. Mientras conservó conocimiento no permitió que separaran su mano del vientre de tu madre para sentir hasta el último momento los latidos de su adorado hijo.

El anciano y el joven sollozaban penosamente. A lo lejos la esquila del pequeño campanario desgranaba la queda y el Padre Antonio se incorporó porque la campana parecía llamarlo por su nombre.

La noche caía rápidamente, una noche húmeda, tenebrosa y llena de relámpagos. Sobre el techo de la casa y en la calle comenzaban a caer fuertes goterones, y en la calma del crepúsculo los sapos comenzaron su canción de Invierno lúgubre y monótona.

LAS NOCHES DE BABEL

LAS NOCHES DE BABEL

PRIMERA PARTE

I

Las calles de la moderna Babel interoceánica zumbaban llenas de una multitud heterogénea que hormigueaba, alegre y vocinglera, con aquel contento del pueblo trabajador en vísperas de una fiesta. Los coches, los tranvías y los automóviles, pasaban cargados de hombres y mujeres que expresaban en sus rostros la alegría de vivir, y de vivir bien.

De las puertas de la gran estación del ferrocarril brotaba una multitud cosmopolita y pintoresca, que se disgregaba por la gran explanada que existe al frente, y precipitándose en tranvías y coches se repartía, tomando distintas direcciones. El Gran Hotel Internacional resplandecía, profusamente iluminado, y una orquesta de señoritas alemanas llenaba de aninación los comedores.

Después, a lo largo de la Avenida Central, los restaurantes y los comercios, todo lleno de gente, se sucedían en un desorden inquietante y febril que denotaba la fuerza y la vida de la joven ciudad que vigila la entrada del Océano Pacífico.

De los alambres de los teléfonos y de la luz eléctrica, pendían en forma de guirnaldas enredaderas de serpentinas, y a lo largo de la Avenida el pendón blanco y celeste del carnaval se sucedía interminablemente, tremolando acariciado por una suave brisa del Norte. Algunas mujeres pasaban con las cabezas salpicadas de confettis, porque ya el sugestivo papelillo comenzaba a alfombrar las plazas y las calles de la ciudad. Era Sábado de Carnaval.

—Pero chico, ésto es hermosísimo. Tu tierra está llamada a tener un gran porvenir.

—Eso es lo que se discute. Hay quien dice que morirá al

terminarse el Canal, y hay también quien opina que entonces será cuando ha de comenzar su verdadera época de prosperidad y engrandecimiento.

—Qué va a morir, hombre. Nadie sabe eso mejor que los americanos, y no se explica que estando ellos seguros del decaimiento de la ciudad, estén interesando grandes capitales en negocios del país.

—Eso opino yo también, pero otros no piensan así.

—¿No dicen que el Gobierno de Estados Unidos no permitirá a orillas del Canal otras gentes que sus soldados y marinos?. . .

—Así se asegura.

—Pues entonces ríete tú de los peces de colores. Esto será grande porque sí, y ya lo veremos porque es cuestión de uno o dos años.

—Tampoco hay que hacerse muchas ilusiones.

—Pero si es claro, hombre, y salta a la vista de cualquiera. ¿Quieres apostar mil dólares a que Panamá duplica su población en sólo dos años? Ya ves, tienes dos años para pagar.

—

—No me gusta apostar tan largo, porque es triste y doloroso eso de estar viendo uno durante tanto tiempo que pierde.

—¿Qué palacio es éste blanco de la derecha?. . .

—El domicilio de la Sociedad Española de Beneficencia.

—Es un hermoso edificio.

—Pues los españoles formales que hay en el país son pocos, relativamente, y sin grandes fortunas y ya ves lo que han hecho sin ayuda de nadie. Si todas las colonias que tenemos fueran como la española, mucho tendría que agradecer nuestra ciudad a los extranjeros.

—Qué dos muchachas más elegantes éstas que pasan por aquí. .

—Son Sofía y Elvira Sotomayor; dos señoritas peruanas que tienen algún tiempo de estar aquí.

—Pues una de ellas tiene un pie monísimo.

—¿Te gustan las mujeres por el pie?. . .

—Me gustan por todas partes; pero es lo primero que busco yo en una mujer, sobre todo si es elegante.

—Pues hay quien es de tu misma opinión, porque ya esos pies han inspirado versos.

—¿Versos?. . . Si los sabes, recítamelos.

—Sí, los recuerdo bien; se titulan Al pasar. Escucha:

Pasas, y se revuelven las miradas
ante tu gracia mórbida y ligera,
y parece brotar la Primavera
de la tierra, detrás de tus pisadas. . .

Pasas, y ven los ojos bien despiertos,
cuando la brisa esboza tu ágil pierna,
que eres una triunfal Venus moderna
que va de luto por los Dioses muertos.

Yo te miro que pasas y me abismo
pensando en el hermoso antagonismo
que eres desde los pies a la cabeza,
y no encuentro respuestas a mi empeño
de cómo un pie tan leve y tan pequeño
soporta sobre sí tanta belleza.

—Muy bonito, chico. ¿De quién son?

—De uno de estos poetillas de que disfrutamos en nuestro país.

—¿Qué es esa música que se escucha?. . . .

—La retreta de Santa Ana. Alguna de la Bandas que ameniza la víspera del Carnaval.

El coche que conducía a los dos amigos había llegado a la Plaza de Santa Ana, donde tuvo que detenerse debido a la enorme aglomeración de vehículos. El parque estaba rebozante, y a los

acordes de la música se había iniciado la gran batalla de confettis que habría de durar cuatro días. De los balcones de Hotel Metropole descendía incesantemente una lluvia de serpentinas y confettis que enturbiaba el ambiente y llenaba los coches y los automóviles. En el interior del Hotel, en el gran salón de la cantina, los yanques se divertían a su modo, y mientras unos se entretenían en llenar de confettis las copas de los demás, otros bailaban a los acordes de la orquesta, instalada en una tribuna, entre el comedor y el café.

—¿Y aquel edificio tan profusamente iluminado?. . .

—Es el Teatro Variedades, de don Tomás Arias: una especie de **vaudeville** americano.

El coche, al fin, había podido abrirse paso, debido a la intervención de la policía, y caminaba trabajosamente entre una doble fila de carruajes y acosado incesantemente por las serpentinas.

—Pero este es un entusiasmo extraordinario el que tienen en este país para celebrar el Carnaval.

—Ya te lo había dicho, y te convencerás más, después. Hoy no es más que la víspera. Si hubieras visto el trabajo que costó convencer al pueblo de que debía celebrar el Carnaval de una manera distinta de como la hacía antes. Hace ocho años te encontrabas por ahí con el primer descamisado que te echaba por la cabeza un balde de pintura que te dejaba nuevo. . .

—Diablos!. . .

—No, no tengas cuidado. Nosotros nos civilizamos rápidamente y eso ya no sucede.

—Bueno, pero ¿qué hacía entonces la Policía?. . .

—¿La Policía?. . . Pues toma, te echaba un balde de agua para refrescarte y para lavarte.

—Pero eso era salvaje.

—Hoy es cuando han venido a comprenderlo mis paisanos, lo cual prueba que somos adaptables a todo y que sólo se necesita enseñarnos qué cosa es buena y cuál es mala.

—¿Este es otro Teatro?. . .

—Sí, el Teatro Amador. Hoy día tenemos el Nacional, el Variedades, el Amador, el Apolo y unos cuantos Salones de Cinematógrafo, y te advierto que los tres últimos son cosa de este año que acaba de pasar. Esta manzana, por ejemplo, no existía hace ocho meses. Todos esos edificios modernos que ahora ves ahí, han reemplazado a unas casas antiguas, asquerosas. Por donde quiera que te dirijas encontrarás casas en construcción o algo que es más difícil y más digno de aplauso: la reconstrucción y transformación de casas viejas para dejar en su lugar todos estos edificios elegantes y modernos que ahora ves.

—Lo cual prueba que todo el mundo tiene aquí confianza en el porvenir.

—Eso parece indicarlo.

Al desembocar a la Plaza de la Catedral la aglomeración de gentes era enorme y, como en Santa Ana, al son de los acordes de una banda, la batalla de confettis había principiado. El coche que conducía a los dos amigos se detuvo en el Gran Hotel Central. Al penetrar al patio de palmeras del Hotel, los dos amigos advirtieron que todo estaba lleno de una concurrencia alegre y elegante, que había invadido los comedores y el patio, y que bebía champaña, escuchando la notable orquesta guatemalteca del Hotel.

De pronto, de una de las mesas se levantó un caballero y se dirigió a los jóvenes, que pasaban revista a las mujeres del comedor.

—Julio, chico, ¿cuándo has llegado?......

—Raúl, diablos, qué gordo estás..... Y los amigos se abrazaron fuertemente.

Después de las primeras palabras de alegría, Julio de Monterrosa se volvió a su acompañante y le dijo:

—Te presento a Raúl Espinosa. El señor Enrique de Picardelli, amigo mío y compañero de viaje.

—Después de la presentación, Raúl Espinosa los instó a sentarse en la mesa donde estaba con algunos amigos. Al reconocer a Julio, los apretones de mano y los abrazos se reanudaron y la presentación de Enrique de Picardelli se impuso. Julio de Monterrosa dijo:

—Yo no les voy a presentar a este amigo mío personalmente a

cada uno porque eso es muy fastidioso cuando somos tantos y porque es ridículo. Les diré que se llama Enrique de Picardelli, que es argentino, hijo de padres italianos, que nos hemos conocido en el vapor, que viene a Panamá a estudiar la plaza para emprender grandes negocios y que es todo un hombre **sport**, todo un **nervio**, como decimos nosotros.

Y todo el mundo celebró la presentación, y se fraternizó inmediatamente.

Las botellas de champaña se sucedían interminablemente y los ojos y los espíritus comenzaban a alegrarse.

—Usted vendrá con nosotros a la coronación de la Reina y luego al baile del Unión. Allí le presentaremos un poco de muchachas para que conozca nuestro personal femenino, —dijo uno de ellos.

—Oh, tendré que cambiarme de ropa, y no sé si habrá tiempo.

—No, señor; usted está de viaje y así va muy bien.

—Imposible. Además, tengo la virtud de ser un poco frégoli y me visto de prisa. Tengo mi equipaje en el Hotel Internacional y es cuestión de diez o quince minutos tomando un coche.

—No, señor; irá usted en mi automóvil.

—Es usted muy amable, pero pudiera necesitarlo.

—Para nada: no nos moveremos de aquí hasta que usted regrese, y el automóvil habría de estar parado allí. Con que no tenga usted cuidado.

—Bien, acepto muy agradecido.

—No vale la pena, hombre. Venga. Y haciendo una elegante reverencia, Enrique de Picardelli salió llevado por el brazo de Raúl Espinosa que fue quien galantemente le ofreció su automóvil. Al llegar al coche el chauffeur abrió la portezuela, y Raúl le dijo secamente:

—Haga lo que el señor le diga.

—Gracias.

—De nada y hasta luego.

—Hasta luego.

Y el automóvil partió estrepitosamente dejando en el aire una nube de humo y un penetrante olor a bencina, mientras Raúl regresaba donde estaban sus amigos.

—Qué muchacho más elegante y más simpático éste, —dijo al llegar.

—Eso estábamos diciendo.

—Pues cuando lo conozcan bien les gustará más.

Debe ser riquísimo porque gasta mucho. En todo el viaje no ha hecho más que beber champaña y jugar póker. A mí me tenía casi quebrado, y él ha perdido como mil quinientos dólares y se ha quedado tan fresco como si no hubiera pasado tal cosa. Más tarde lo verán. . .

II

Enrique de Picardelli era en efecto un joven guapo, simpático, atrayente. Vestía con elegancia y tenía esa distinción que poseen algunos de los grandes artistas franceses. Un par de ojos grandes y soñadores de esos que sólo se ven en ciertos tipos italianos, una nariz perfilada, recta, severa, un bigote a lo Kaiser y una dentadura blanca y pareja, daban a su rostro una expresión que hubiera sido casi femenina, si sus cejas no se contrajeran de vez en cuando denotando en él un carácter fuerte y duro. Si a todo aquel conjunto se agrega el que sabía gastar su dinero con prodigalidad, se comprenderá que a Enrique de Picardelli le acompañara siempre el éxito en todas sus cosas. Era de aquellas personas que desde el primer momento nos predisponen en su favor, por su aspecto, por su cultura, por su manera de convencer. . .

Un cuarto de hora escaso tardó en regresar Enrique de Picardelli al lado de sus nuevos amigos. Al verlo aparecer, Raúl exclamó:

—Amigo, es usted un transformista.

—Algo hay de eso, —dijo Enrique sonriendo, y agregó: —Ahora me toca a mí, señores— y llamando al camarero le ordenó dos botellas de champaña.

Los compañeros lo examinaban disimuladamente, con esa discreción de los hombres elegantes que se encuentran de pronto delante de uno de esos Petronios que imponen la moda en las grandes ciudades; porque Picardelli estaba admirablemente trajeado. Un hermosísimo frac de irreprochable corte inglés, que parecía salir de la sastrería y no del baúl; un precioso chaleco color perla, con sólo dos botones color de absenta o de ópalo, y surgiendo del bolsillo del pantalón, por debajo del chaleco, un leopoldina negra con un hermosísimo brillante graciosamente engarzado en un pasador de oro. En el ojal llevaba una gardenia recién abierta.

—Camarada: se ve que usted no se duerme. Acaba de llegar a Panamá y ya tiene usted quien le guarde flores, y en cambio nosotros. . .

Oh, porque queréis. Esta gardenia la tomé de aquel jardín que está al frente del Hotel Internacional. Yo no puedo llevar frac sin una gardenia en el ojal. Con decirles que tengo en el baúl un ramo de ellas hecho de trapo, admirablemente imitadas, les digo todo. Las gardenias son mi única debilidad.

A la distancia se oía una música que se acercaba lentamente. Algunas luces de bengala llenaban de fantástica claridad el cielo. Los voladores también se desmayaban luminosamente en las profundidades de la noche serena, mientras la música se acercaba y el clamor crecía.

—¿De qué se trata?. . . preguntó Picardelli.
—La Reina, que llega para ser coronada.
—Hombre, yo quisiera conocerla.
—Mientras se la presentamos esta noche, ya la verá ahora pasar por aquí.

En efecto, la muchedumbre comenzaba a desbordarse de la Avenida Central al Parque. Delante venía una chiquillería bulliciosa, armada de pitos y luciendo trajes de payasos y arlequines mas o menos flamantes. Luego seguía un piquete de la Policía Nacional. Después el Cuerpo de Bomberos, con su Banda a la cabeza y armados de antorchas que daban a la procesión un aspecto fantástico y deslumbrador. Luego venía, en el coche del Gobernador de la Zona del Canal, Mister Thacher, cedido galantemente por él durante toda la fiesta, Su Graciosísima Majestad Ramona Emilia 1a., Reina del Carnaval por la gracia de la Belleza y por la voluntad del Pueblo Soberano. En torno del coche real y custodiándolo, venían numero-

sos caballeros vestidos con ricos y caprichosos trajes, cabalgando relucientes y briosos caballos peruanos, que al escuchar el estrépito de las músicas y el estallar en el espacio de los voladores, erguían las orejas y se encabritaban gallardamente, mientras el ojo se tornaba sangriento y el belfo se retocaba de blanca espuma. Una doble fila de hachones y mil bengalas de mil colores iluminaban aquel bellísimo cuadro que evocaba los más radiantes episodios de aquella edad de oro de la galantería y el amor. . .

—¿Cuál, cuál es la Reina? —preguntó Picardelli cuando el cortejo pasaba frente al Central.

—La de cabellos rubios, esa que siempre sonríe.

—Pues tiene un tipo muy aristocrático, muy universal. Lo mismo parece una francesa distinguida, que una manola sevillana, o una Princesa del Japón. Parece que hubiera estado destinada a llevar una corona, ¿no es cierto?. . .

—Cuando la conozca se convencerá más de que es cierto lo que usted dice. Es una de nuestras señoritas más cultas, y ese cosmopolitismo que usted le nota se debe a que ha viajado mucho y se ha adaptado a todas las costumbres y a todos los idiomas. . .

—Y no tiene novio.

—No tiene. Es un misterio. Parece que nos desprecia a los hombres, porque ha tenido buenos partidos aquí y en todas partes y no ha aceptado a nadie nunca.

—Es raro.

—Sí, es raro, pero es verdad.

—¿Y ese joven que cabalga en ese caballo negro?

—Es el Rey; una de nuestras bellezas masculinas. Se llama Julio Alvarado.

—Parece que se siente feliz.

—Oh, es un hombre dichoso él. Calcule usted que ha averiguado la manera de estar contento toda la vida y siempre se le ve reír.

—Pues de todas maneras es una felicidad.

El coche de la Reina pasaba rodeado de fuerzas de policía, de heraldos y caballeros que montaban sobre briosos corceles. A la luz de los variados tonos de las bengalas y de las antorchas, el cuadro tomaba prestigios, y entre la nube de los confettis dorados y de mil colores los fulgores de los ojos de la Reina Ramona y de sus

damas y el destello de sus pedrerías, se confundían con el brillo de las bayonetas de los gendarmes y de las espadas de los caballeros. Detrás, en una larga procesión de automóviles y coches, venían la Junta del Carnaval y el pueblo, radiante de franca y noble alegría.

Enrique de Picardelli exclamó al pasar el cortejo:

—Debo confesarles que estoy sorprendido. He ido por todas partes y he visto muchos Carnavales, pero jamás ví una armonía tan perfecta entre el Gobierno, la aristocracia y el pueblo. Es una hermosa manifestación de cultura esta que dan ustedes al celebrar el Carnaval de este modo.

—Pues ese que va ahí, ese rubio de los grandes bigotes, es un suizo a cuyo entusiasmo se debe en gran parte el éxito de nuestras fiestas.

—¿Es un joyero que se llama Mistelli?. . .
—Sí, el mismo ¿Lo conoce usted?. . .
—Me lo mostró Julio esta tarde, al llegar.
—Bien, ahora bebamos por el Carnaval de ustedes. Camarero — llamó Picardelli.
—De ningún modo. Ahora me toca a mí.
—Amigo Picardelli. Usted es extranjero y huésped nuestro.

—Por lo mismo, ustedes deben dejar que les manifieste mi entusiasmo de esta manera. Como según me han dicho, esta juerga dura cuatro días, ya habrá tiempo para todo; pero ahora yo suplico que me dejen pagar a mí. Camarero: traiga cuatro botellas de champaña. . .

III

El Teatro Nacional estaba radiante la noche de la Coronación. La platea, los pasillos, los anfiteatros, los palcos y la galería estaban atestados de un público regocijado y heterogéneo. Desde los altos palcos las serpentinas bajaban tejiendo una luminosa telaraña de mil colores y por entre los claros se veían por doquier lindos rostros de mujeres que reían. La Junta Organizadora había hecho colocar en cada butaca sacos de confettis, pero los primeros en llegar se apoderaron de todo y la batalla era desigual y llena de incidentes. La orquesta nacional que dirige Pablo Boza era la encargada de llevar la parte musical del programa de la fiesta.

De pronto se oyó un gran murmullo que venía de fuera y la gente se precipitó por las puertas y por los pasillos. Las Reinas llegaban, acompañadas de sus Damas de Honor. Entre un gran aplauso tomaron asiento en sus respectivos tronos la Reina Isabel, de grandes e inquietantes ojos negros, que entregaba el cetro de las fiestas, y la Reina Ramona Emilia, rubia gentil y aristocrática, con castellanas reminiscencias goyescas.

La lluvia de confettis, recrudecida, ofrecía en el quieto ambiente del Teatro un fantástico efecto. Sostenidos por el viento de los abanicos eléctricos, los confettis vacilaban en el espacio como una lluvia de menudísimos copos de nieve de mil colores y caían cubriendo las cabezas y cubriéndolo todo con una policromía que daba al patio de platea un maravilloso efecto de cuento de magia.

De pronto la orquesta rompió de nuevo y un silencio solemne se hizo en el Teatro. La ceremonia de la coronación comenzaba y la espectación se hacía general. Terminada la marcha ejecutada por la orquesta nacional, Isabel **La de los Grandes Ojos,** se puso en pié y pronunció un corto y elocuente discurso, entregando la corona del Carnaval, y Ramona Emilia, **La Andaluza,** lo contestó con una elocuente y brevísima peroración. El aplauso a las dos bellezas parlamentarias fue general y por un momento un murmullo comentarista zumbó en el recinto del Teatro. La orquesta preludió de nuevo y apareció en la escena Alcides Briceño, nuestro tenor, vistiendo un riquísimo traje de payaso e interpretó admirablemente la bellísima romanza del gran León Cavallo. Las ovaciones se sucedían sin interrupción en cada número del programa, y al fin la fiesta terminó brillantemente con un desfile anunciado por el simpático Pitín Obarrio, Introductor de Embajadores, y tocado por la orquesta del popular Poi, que había estado a la altura de la fiesta. . .

IV

La platea del hermoso Teatro Variedades estaba convertida en salón de baile. Desde los altos palcos caían hermosísimas guirnaldas de flores entre las cuales se entretejían las serpentinas. Todo era contento, carcajadas y vocinglería, y la franca risa de las mujeres que burlaban algún amigo bajo la coquetería del antifaz, llenaba de voluptuosidades el ambiente de la noche carnavalesca.

En una butaca de anfiteatro, absorto y olvidado del bullicio que

lo rodeaba, Rafael Umaña y Calderón se reclinaba indolentemente hacia atrás, con la sien apoyada en la mano. Vestía frac y llevaba como una insignia de juventud y de galentería un rojo clavel prendido en el ojal del frac. De vez en vez, alguna voz femenina le decía adiós, y entonces Raf, como le llamaban generalmente, sonreía por ser cortés con una sonrisa forzada que denotaba una honda preocupacón, una íntima pena, lejana de todo aquel estrépido, y volvía a adoptar su actitud de inglés aburrido.

De pronto, al lado de Raf vino a sentarse una máscara elegantísimamente ataviada. Un riquísimo traje de Princesa mora, todo blanco, adornado con grandes zartas de perlas cubría el ágil cuerpo de aquella belleza incógnita. Sobre la cabeza, una redecilla de plata colocada a manera de turbante, cubría su cabellera profundamente negra, y de las pequeñísimas y sonrosadas orejas pendían dos grandes argollas orientales que acariciaban el nacimiento del cuello de la hermosa y bravía mujer. Debía esconderse un precioso y enérgico perfil andaluz debajo del raso del impertinente antifaz.

Raf examinaba discretamente la hermosa vecina que en suerte le había tocado y como ella lo mirara de pronto con fijeza, él se resolvió a dirigirle la palabra.

—¿Se llama usted Sobeya, señora?. . .
—No, caballero.
—Entonces. . .¿Zulema?. . .
—Tampoco ha adivinado usted.
—Pues bien: ¿Zoraida?. . .
—¿Le gustan a usted los nombres orientales?

Es que parece usted una de esas mujeres que a través del tiempo aún parecen vagar por los patios de la Alambra de Granada, llenas de belleza, de tristeza y de poesía.

—¿Parece que es usted poeta?. . .

—No lo soy; pero cuando uno está tan cerca de una mujer como usted tiene que ser poeta forzoso porque está dentro de un ambiente de hermosura y de poesía y todo lo que se respira y todo lo que se habla tiene que estar impregnado del ambiente que nos rodea.

—Es usted muy vehemente, según parece.

—Sí, lo soy, debo confesarlo; pero al mismo tiempo debo decirle

que me lo dejo conocer pocas veces y que hay pocas personas que lo sepan.

—¿Entonces debo creer que he tenido yo la fortuna de sorprenderle una intimidad muy suya?. . .

—Si, señora, y yo la desgracia de dejarme sorprender por usted.

—¿De manera que usted juzga eso una desgracia?

—Sí, y a usted debe agradarle esa manera mía de pensar, porque creo que siempre debemos estar a la defensiva cuando tratamos con mujeres, y sobre todo con mujeres elegantes, hermosas e inteligentes, como usted.

—Es usted un hombre galante y terrible; pero hablemos de otra cosa. Me parece que antes de llegar yo a sentarme aquí, estaba usted un poco preocupado.

—Sí, efectivamente pero ha tenido usted el poder de borrarme aquella preocupación. Pensaba. . .

—¿En una mujer? —interrumpió vivamente ella.

—Sí, en una mujer. . .

—Y basta que haya llegado a su lado otra mujer, desconocida, para que usted olvide a aquella. Sois todos lo mismo y queréis que nosotras no desconfiemos.

—No sé. . . Yo le podría decir. Yo no soy así, generalmente. Pero hay cierta cosa extraña, ciertas analogías. . .

—¿A que resulta que me parezco yo a la otra? —dijo la máscara riendo alegremente.

—No sé, no se lo podría decir. Físicamente pudiera ser; pero, después, no sé. Yo no le he hablado a ella; no sé qué metal de voz tiene. Sólo la he visto de lejos.

—¿Y se enamora usted de una mujer a quien no le ha hablado?. . ¿Por qué quería usted ocultarme que era poeta y romántico por añadidura?. . .

—Oh, son cosas que dice la gente. Usted sabe que la gente siempre es imbécil.

—¿Pero ¿por qué se enfada usted de que lo llamen poeta si escribe versos?. . . Voy a acabar por no entenderlo a usted.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo escribo versos?. . .

—¿Quién?. . . Escuche:

¿No sabes quién era Lía,
la rubia sentimental?. . .
Una copa de cristal
llena de melancolía
Escúchame: cierto día
se fué a jugar Carnaval
y ebria del licor del mal
fue mala. . . porque fue mía.

¿Creía usted que no conozco algo de lo que anda por ahí publicado?. . .

—Bueno, pero, ¿quién es usted?. . . si no es imprudente mi pregunta.

—¿Para qué quiere saberlo? Llámeme Sobeya, que cuadra bien a su romanticismo.

Raf se había quedado pensativo ante la evocación de aquellos versos que él había escrito hacía tanto tiempo y que la desconocida venía a recitar ahora con una oportunidad llena de promesas.

—Piensa el señor Raf de nuevo. . .

Raf irguió el busto y todo ruborizado se quedó mirando fijamente a la desconocida. No cabía duda; aquella mujer lo conocía perfectamente y había venido a sentarse a su lado con una idea anterior.

—Señora, dijo suplicante, yo le pido decirme quién es usted.

—Oh, no tendría gracia y se le quitaría interés a la aventura.

—¿A la aventura dice usted?. . .

—Llámelo usted como quiera, señor poeta; incidente, por ejemplo. Y la máscara rió burlonamente.

—Hace mucho calor dentro del Teatro, —dijo Raf acosado por la hermosa mujer, enjugándose la frente llena de sudor.

—Sí; yo también sentía calor y pensaba salir a dar una vuelta; pero me da miedo el ir sola con las calles tan llenas de gente.

—¿Y ha venido usted sola?. . .
—¿Cree usted que es empresa fácil robarme?. .
—No, señora, no; pero si yo fuera su marido. . .
—Estaría usted muy lejos de Panamá, hombre.
—De manera que está usted sola en la ciudad.
—Sola, y por eso comprendo ahora mi imprudencia en andar por las calles así.

Y de nuevo rió burlonamente la máscara.

Raf se tornó intensamente pálido y haciendo un esfuerzo dijo:

—Señora, yo estoy haciendo ante usted un papel ridículo en el cual me ponen mi manera de ser y una circunstancia muy excepcional. ¿ Usted recuerda que he tenido el valor de confesarle hace un rato que pensaba en una mujer cuando usted llegó a esa butaca?. . . Pues bien, yo y esa mujer nos prometimos formalmente encontrarnos esta noche y he ido al Hotel donde se hospeda tres veces y con toda la discreción del caso he tratado de verla, y todo ha sido inútil. Las puertas del departamento que ocupa ella están cerradas y aunque en las habitaciones hay luz, por las persianas no se ve una sombra ni se escucha un rumor, y yo me vine al Teatro a esperar que pasara un rato para volver a buscarla.
¿Y le parece a usted bien dejar a una dama esperándonos indefinidamente para hacernos un favor?. . .

—Tiene usted razón. Cumpla usted su promesa que yo me marcharé sola.

—Por Dios, señora. Cómo voy a marcharme dejándola a usted así. . . Dígame usted dónde desea que yo la acompañe y yo iré con muchísimo placer. . .

—No, si yo sólo deseaba tomar un poco de fresco.

—Pues permítame invitarla a dar un paseo en coche. . .
—Pero si lo esperan, hombre.
Raf suspiró de impaciencia y ella agregó:
—Acepto; pero es sólo porque casi estoy segura de que ella

estará ahora al lado de un hombre.

—Imposible, ella no tiene amigos.

—Me da usted risa, Raf. . . No pensé que fuera usted tan. . . bueno.

Raf dio el brazo a la máscara y mordiéndose el labio de rabia se dirigió hacia la puerta del Teatro. Las gentes se volvían ante la figura de.quella realísima hembra que francamente evocaba el recuerdo fastuoso de los Califas y de los Abencerrajes.Pero Raf no se había dado cuenta de ello pensando en su hermosa conquista del hotel. Y es que aquella otra desconocida del hotel, con la elegancia de la máscara, tenía un rostro divino de esos que sólo se ven de vez en vez en las rejas de las ciudades andaluzas, con los ojos llenos de ensueño como impregnados de la tenue vaguedad poética de la Luna. Y sobre todo, la del hotel era altiva, agresiva, como una Diana cazadora, y aristocrática como una marquesa, y ésta tenía el desenfado de una artista de dudoso mérito. . . que lo mismo hubiera hecho con otro y el ideal era ante todo.

Al salir tomaron un coche.

—¿Dónde quiere usted que vayamos, señora? preguntó Raf.

—Oh, lo mismo me da. . . Donde haya aire; tengo tanto calor. . .

—Sigue para afuera —dijo Raf al cochero.

V

El Parque de Santa Ana era un inmenso hormiguero de mil colores. Desde las altas banderolas que tremolaban mecidas por la brisa, hasta el suelo alfombrado por un grueso tapiz de confettis, todo deslumbraba y sonreía bajo la mirada de luz de los cinco mil focos suspendidos en la sombra de los alambres que fingían leves serpentinas y de las ramas de los altos árboles asombrados de tanta alegría y tanto esplendor. A lo largo de la Avenida Central la afluencia de gentes era también enorme. Tenía nuestra ciudad el aspecto de aquellas grandes urbes europeas que tiemblan incesantemente al trepidar de los trenes que vomitan en sus calles una multitud nerviosa y febril que camina de ciudad en ciudad, ansiosa de llegar pronto a la muerte.

El coche había dejado atrás la ciudad y pasaba frente al Hospi-

cio de Huérfanos donde la vocinglería de la mascarada llegaba como un zumbar de abejas en el viento. En la sombra se destacaban los letreros luminosos de los altos edificios de la ciudad y de vez en vez un cohete trazaba su rúbrica de fuego en el lapizlázuli sereno de la hermosa noche de Primavera.

—Piensa usted, señora —rompió Raf.

—Evocaba, que aunque parecido es distinto. . .

Y la máscara dijo aquello dolorosamente, sentidamente, con un tono bien distinto del que había usado hasta entonces y que sorprendió a Raf.

—¿Pero está usted triste?. . .

—Triste precisamente no. Pero es tan melancólicamente dulce pensar cosas agradables que pasaron y momentos de alegría que se fueron, que las pupilas se humedecen al pensar que no las habremos de experimentar nunca más. . .

-¿Y por qué un momento feliz no ha de poder repetirse?. . .

—Oh, porque nuestro corazón cada minuto es otro. . .Somos como un tren expreso en viaje hacia la muerte y cada minuto que pasa vemos las cosas desde un punto de vista distinto. No importa que, como pasa en los viajes, estamos viendo mucho tiempo un mismo panorama y que nos parezca que siempre lo vemos igual, porque en efecto es otro cada vez que lo miramos y a cada vuelta que da la rueda que nos lleva. . .

Hubo una larga pausa en que ambos rememoraron cosas pasadas, dulcemente tristes por lejanas. Raf buscó una mano de la desconocida y la oprimió suavemente y la besó con un beso casto, lleno de ternura y de paz. Ella continuó:

—Sólo amamos verdaderamente una vez en la vida. Después, no hacemos sino pretender recordar con cada nuevo amorío aquel divino amor único, que nos llenó el alma y el cuerpo de todas las emociones, de todos los estremecimientos, de todos los desmayos. . .

—¿Y usted cree que el único amor sincero es el primer amor?. . .

—Sí; pero también creo que el último amor puede ser el primero. Da lástima pensar en el número de seres que pasan por la vida distraídos en devaneos efímeros, sin sospechar que el amor es algo grande, eterno, que nos llena el alma de miel o de veneno, de luz, de

gloria o de sombra de infierno; un perfume que una vez que se nos entra por las ventanas del espíritu nos lo impregna todo, para toda la existencia, dándonos la vida o dándonos la muerte. . .

—¿Y usted ha sentido ya ese gran amor en su vida?

—No sé, no lo creo, aunque hay amores que sólo se manifiestan precisamente cuando creemos que están próximos a morir. Muchas veces terminamos sin esfuerzos, sin vacilaciones los amoríos que tenemos con una persona, y a medida que el tiempo pasa y que las comparaciones se suceden, el recuerdo de aquella persona nos acompaña a toda hora y una vaga melancolía del bien perdido nos embarga, y una necesidad de hacer justicia nos impele a buscar al amante que creímos poder olvidar fácilmente... No somos más que un puñado de dudas, de vacilaciones, de contradicciones.

Raf suspiró.

—Tiene usted, dijo, una juventud tan llena de experiencia como una ancianidad.

—Porque me ha gustado penetrar el alma de las cosas y hoy sé que en el fondo de todo no hay sino tristeza. Pero ¿qué más da, si precisamente el dolor es la fuente de todas las alegrías?

—Debe usted haber amado mucho y debe ser una gran profesora de ternura. . .

—Sí, he amado, he amado mucho, pero siempre sinceramente. Hay que aturdirse, que olvidarse de todo, y el amor, cuando no se adultera, es un dulce vino que nos embriaga de ilusión y de ensueño, y que nos hace la vida digna de vivirse. Además, hay que hacerse recuerdos porque es lo único que ha de quedarnos al final, cuando ya no podamos inspirar amores desinteresados. . .

La máscara había quedado pensativa, reclinada la cabeza sobre el respaldo del coche, de cara a las estrellas. Raf la miró largo rato y acercando luego la cabeza con lentitud le rozó el cuello alabastrino y mórbido con un beso religioso, tenue, fugaz. . .

—¿Ya ve usted lo que le decía hace un rato? Usted no me besa ahora a mí. Besa un dulce recuerdo que resucita en su memoria, y hace bien porque hace una cosa que le sale del fondo de su ser. Tenemos la obligación de hacernos recuerdos y hay gentes infelices que no saben hacérselos. . . Por eso vemos viejos agrios y hoscos, intransigentes con la juventud alegre e inquieta, como si alguien tuviera la culpa de su fracaso, como si alguien fuera responsable de

que ellos hubieran dejado marchitar inútilmente la margarita de su juventud. . .

Y la máscara continuó como en un ensueño:

—Yo de mí sé decir que me hice un hermoso caudal de recuerdos y que mi alma, al fin, cuando sólo me quede volver la cabeza hacia atrás porque el porvenir no me brinde nada, será como uno de esos bellos tapices gobelinos donde las figuras se confunden en una amable lejanía, enlazados por el iris de los sutilísimos hilos de seda. . . Tantas ilusiones he tenido. . . Tantas tengo todavía.

Insensiblemente se habían ido acercando, confundiendo, y la máscara descansaba ya su divina cabeza sobre el hombro de Raf, que levantó el raso del antifaz y la besó en la boca dulcemente. La desconocida suspiró y se incorporó.

—¿Regresamos? —preguntó.
—Sí, regresemos.

Al volver el coche, se divisaban aún las rúbricas de oro de los cohetes rayando la serenidad azul de la noche, a lo lejos, sobre la ciudad borracha de alegría.

Caminaron en silencio un rato. Ella rompió:

—Ahora es usted quien se entristece, amigo mío.
—No, pensaba en usted. . . Es usted encantadora. . . A su lado se le encuentra a la vida explicación. . .
—¿Y la del Hotel?. . .¿ Tan frágil es usted?. . .
—Oh, la del Hotel faltó. . . No he faltado yo a mi palabra.

—De manera, pues, que nuestra amistad se debe a la informalidad de una mujer — dijo ella maliciosamente.

—A una casualidad debe usted decir, señora; y usted sabe que a una casualidad se deben casi todas las cosas trascendentales que han suscedido desde que Adán se comió el primer durazno.

—La primera manzana, hombre.
—Le diré a usted: yo nunca digo sino durazno al referirme a aquella aventura. Me parece que es más propio, más justo. . No es cierto? —interrogó él mimosamente, besuqueándole una mano, agregó:

—Por ejemplo: tiene usted una hermosa mano aterciopelada, suave como hecha de piel de durazno.

La máscara se había echado de nuevo indolentemente sobre el respaldo del coche, con la cara de frente a las estrellas, y como dejara al descubierto por segunda vez parte de su cuello grácil y alabastrino, Raf se aceró y le imprimió un beso cosquillante, superficial y profundo a un tiempo mismo. Ella se estremeció y toda sofocada dijo, con fingida seriedad:

—Es preciso ser formal, señor Raf, con una dama que se ha confiado a usted. . .

—Lo cortés no quita lo valiente, señora.

Ella pensaba en cosas lejanas, mientras el coche subía el Puente de Calidonia. La ciudad estaba adormeciéndose ya en los barrios extremos y en la explanada de la estación sólo en el Hotel Internacional se oía música y se escuchaban carcajadas y animación. . .

—¿Quiere usted que vayamos a cenar al Internacional?. . .

—Imposible. . . ¿Está usted loco? dijo ella, asustada.

Raf quedó perplejo.

—¿Por qué dice usted eso y por qué lo dice de ese modo? —preguntó.

—No, por nada. . .Como hay tanta gente allí. . .

—Bien, cenaremos en el Metropole.

—Tampoco. Yo debo retirarme. Es la una de la mañana.

—¿Se marcha usted, señora?. . .

—Usted dirá, hombre, dijo ella riendo francamente. Además, a usted lo deben estar esperando. . .

—Por Dios, señora, no sea usted cruel. . .

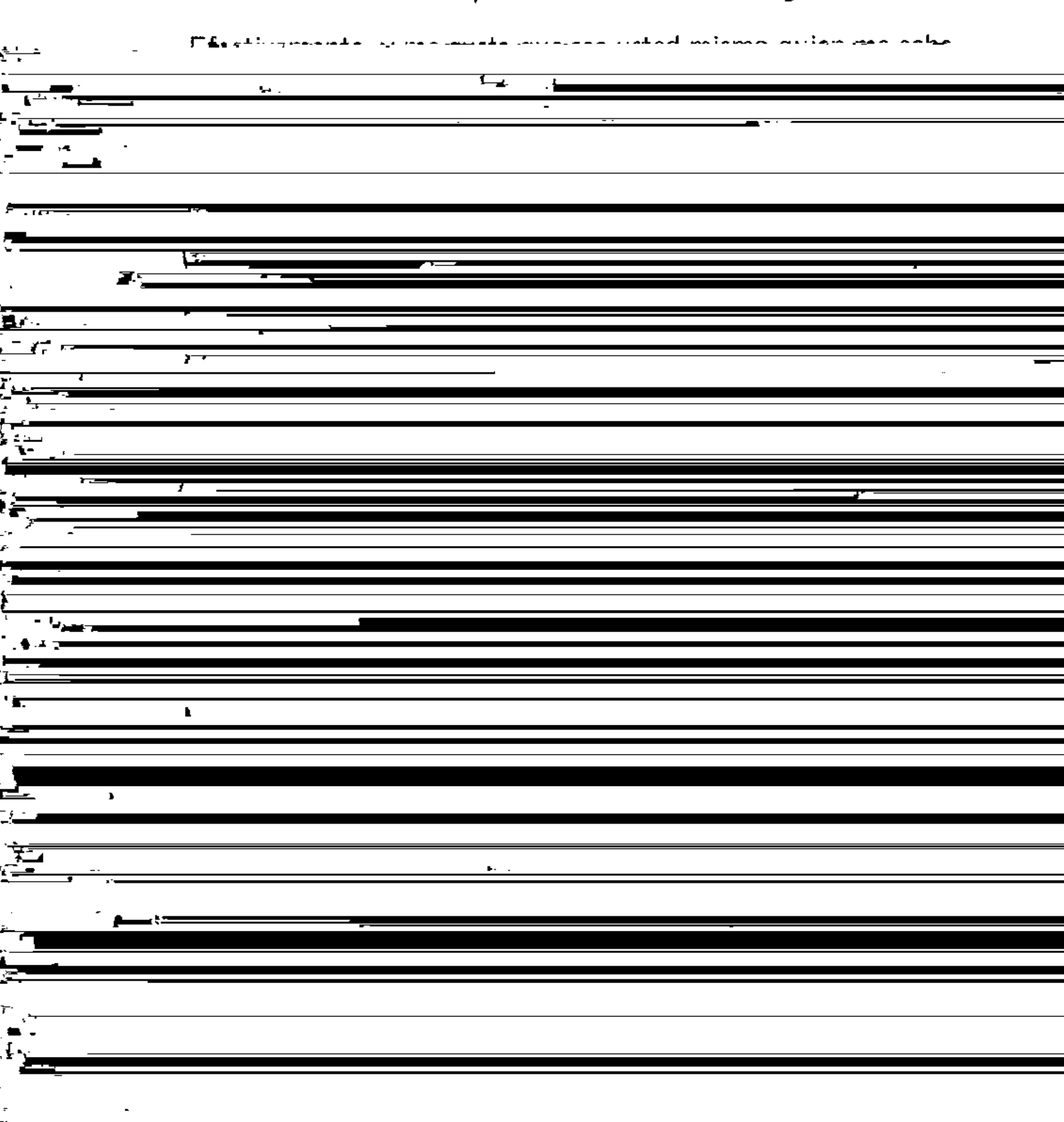
—Pero si es cierto. . .Aquella pobre mujer habrá agarrado un catarro. . .y usted tan fresco.

Raf volvía a morderse los labios de impaciencia. La mujer romántica y soñadora, amiga de filosofías, había desaparecido, y sólo

—Bien, Raf —dijo la máscara al detenerse el carruaje, —yo me marcho.

—pero ¿cómo ha de ser eso, señora? —dijo Raf, dolorosamente sorprendido.

—Es indispensable. Después nos veremos.
—Pero no está bien esto que usted ha hecho conmigo.



pidió un whisky. ¿Habré sido un tonto?. . .se preguntaba malhumorado. He tenido una mujer hermosa a mi lado y he dejado que se escape. ¿Quién será ella?. . . ¿Por qué me conoce?. . . ¿Se sentó a mi lado casualmente o vino a buscarme?. . . Indudablemente había sido un imbécil dejándola ir, y aquella mujer debía tenerle asco. Bueno, y después de todo, ¿qué?. . . Si era una mujer decente, ya se volverían a ver, porque ella lo había prometido, y si no lo era, nada se había perdido perdiéndola. Pero de todas maneras él tenía que confesarse que estaba nervioso y disgustado consigo mismo. Se bebió el whisky de un solo trago, tiró sobre la mesa una moneda de veinticinco centésimos y salió. Una vez fuera subió a un coche y dijo lacónicamente al cochero:

—Al Club Unión.

VI

Al pasar a lo largo de la Avenida Central Raf pensaba si habría de encontrar a la máscara en el baile del Unión. Sería curioso verla allí y que se la presentaran ceremoniosamente: la hija del señor Gómez, la mujer de Pérez, o la hermana de Regúlez. El se inclinaría con respeto, ella se erguiría altiva, y la gente no se daría cuenta de toda aquella farsa. De pronto el coche se detuvo: había llegado sin que Raf se diera cuenta de ello.

Subió rápidamente y entró al salón. Estaba desierto y grandes risas y ruidos de platos y copas venía del comedor. Había llegado a la hora de la cena y él juzgó el momento propicio para averiguar si la desconocida estaba allí. Pasó a lo largo del comedor, saludando a derecha e izquierda, y nada: la máscara no estaba allí. Salió a los balcones y estaban desiertos. Al salir al balcón de atrás se encontró el grupo de amigos que dejara en el Central en las primeras horas de la noche.

—Hola Raf, ven, siéntate con nosotros.
—Buena hora de llegar.
—Tienes una cara más triste que la de Raúl Espinosa.
—Tendré motivos que él no tiene.
—Entonces ¿no sabes que le han robado la cartera con mil quinientos dólares?. . .
—No estaría tan contento.
—Amigo —dijo Raúl —"el ave canta aunque la rama cruja". Yo he mandado servir champaña, ¿ya ve usted?. . .

—¿Pero cómo y dónde le robaron?

—Eso es lo que yo quisiera averiguar, aunque se quedaran con ella.

—Oh —dijo Enrique de Picardelli— en cualquier parte. Yo siempre he creído que el ochenta por ciento de los hombres somos ladrones y que todo es cuestión de las circunstancias en que nos encontremos y de las oportunidades que tengamos. Es una opinión.

—Pues todo fuera como eso para ti -dijo Raf, dirigiéndose a Raúl—; con sacar otra cartera y otros mil quinientos dólares, no se te ha perdido nada. . .Pero a mí. . .

—Mujeres y mujeres y mujeres — cantó burlonamente Peyín Díaz.

Todos rieron y Raf indignado confesó:

—Pues sí, una mujer es, una mujer es lo que se me ha perdido.

—Quién sabe cuántas veces se habrá perdido ella, hombre.

—Bueno, pero como yo no lo sé, no me importa nada eso.

—Pero es que tú no comes por enamorar, Raf.

—Y tú no enamoras por comer, que es más asqueroso. Yo no entiendo eso de ir por la vida sin ir detrás de una mujer. Los que pasan por el mundo sin andar detrás de todas las mujeres, me parecen de esos animales que se van a los paseos de Las Sabanas a pie. Una mujer es siempre un coche que nos abrevia un pedazo de camino o que nos lo hace más agradable. Yo, por mi parte, andaría siempre agarrado a la cola de una mujer y no aflojaría hasta haberme agarrado de otra.

—Pero amigo, usted es un antropófago.

—Yo lo llamo feminista.

—Bueno, pues, quedamos en que tú eres feminista —cerró Peyín entre la general hilaridad.

De pronto un ruido de sedas y metales llegó en la brisa envuelto en una onda de perfume y una bellísima mujer asomó en el salón. Todos se volvieron y Raf rió entonces.

—Ahora todos resultáis más feministas que yo.

—Tina, Tina de Albarrán; y el nombre corría entre un murmullo de admiración por toda la sala.

—Hermosa mujer —dijo de Picardelli.

— Se dice que es la mujer más bella de nuestra tierra, y su

belleza se agranda cuando se sabe que llevará de dote un millón de dólares.

—¿Y cómo permanece soltera en esas condiciones?. . .
—Porque es invulnerable. Contra ella se han estrellado todos los ingenios y todas las gallardías masculinas.

—Es raro -dijo de Picardelli, pensativo.

La orquesta había comenzado un **two step** y las parejas se lanzaban entre los voluptuosos compaces de la danza yankee. Tina pasó bailando con Raúl Espinosa y al saludar sonriendo al grupo de jóvenes sus ojos tropezaron con los de Picardelli y se detuvieron sobre él un instante. Después, al pasar, muchas veces Raúl volvio la mirada hacia Enrique, y sonreía intencionadamente como diciéndole que se ocupaban de él.

Raf se puso en pie y se despidió.
—Buena suerte, chico, y que encuentres a esa perdida.
Raf salió sin contestar y subió a un coche.

—Sigue para afuera y pasa por el Hotel Internacional— dijo al auriga, mientras se tendía indolentemente en el carruaje.

Pensaba en la bella mujer del Hotel, que había faltado a la cita que le dió, y recordaba la palabra de honor empeñada a la hermosa máscara de no ir en busca de la otra. Pero. . .¿cómo habría de saberlo ella?. . . Además, un hombre tiene perfecto derecho de mentirle a una mujer, cuando el honor no anda de por medio. Sería una tontería injustificable tomar en serio aquel juramento hecho entre bromas y risas. Iría, iría de todos modos. Lo único malo que podría ocurrir sería precisamente encontrar a la bella y distinguida viajera, porque, ¿qué hacer entonces en medio de dos mujeres hermosas e igualmente interesantes?. . . Porque Raf opinaba a ratos que ningún amor valía el cúmulo de compromisos morales que trae consigo, inevitablemente. Y se sumió en un munto de pensamientos tristes sobre el fondo amargo de todas las cosas, mientras el carruaje, llegaba a la explanada de las estación.

¿Al Tívoli, señor?. . .
—Raf abrió los ojos y se orientó.
—No; tuerce hacia el Internacional, por la calle nueva, dijo. Y al volver el carruaje adivinó luz en el departamento que ocupaba su bella conquista. El corazón le latió fuertemente y Raf se sorprendió

de la versatilidad de nuestros sentimientos. Ella estaba en el balcón, tendida indolentemente en una silla de balance, nimbada por la tenue claridad plateada de la Luna. Raf pasó mirando hacia el balcón y como ella volviese la cabeza para seguir al coche, mandó al auriga detenerse pagó y echó pie a tierra. Dió unos cuantos pasos y ella se puso en pie. Raf sintió una intensa alegría: indudablemente era esperado por la hermosa mujer quién sabe desde cuándo. Caminó lentamente hasta llegar debajo del balcón. Ella se había acodado a la baranda, quebrando el cuerpo hacia afuera confidencialmente.

—Buenas noches, señora.
—Buenas. . .Es usted muy informal.
—Oh, yo la he buscado a usted por todas partes y no la he visto.
—Estaba usted tan distraído. . .
—¿yo? negó Raf, turbado.
—Sííí í. . .usted. . .
—Si usted supiera.
—¿Tiene algo que contarme?
—Y tanto. . .
—Pues si me promete ser discreto. . .
—¿Qué, entonces qué?. . .
—Le diría a usted que subiera y charlaríamos.
—Oh, si fuera usted tan buena. . .
—Sí, hombre sí; suba usted, pero mucho cuidado y mucha discreción, ¿eh?. . .

A Raf le palpitaba el corazón mientras subía las alfombradas escaleras del Hotel. La hermosa máscara se había borrado por completo de su imaginación, llena únicamente de aquella extraña viajera que quizás tenía un "alma fugaz de actriz".

Ella lo esperaba en la puerta y alzó la cortina para darle paso. Al encontrarse frente a frente, Raf, sorprendido, exclamó:

—Señora: ¿usted?. ..
—Oh, los hombres, los hombres. . . dijo ella riendo.
—Perdón, señora, perdón, clamó Raf, besándole una mano.

No le hubiera perdonado si respeta usted el juramento que me hizo el separarnos en el Metropole; pero ahora no tengo nada que perdonarle. Lo que usted ha hecho es muy masculino y muy humano. La prueba de que lo esperaba la tiene en ésto: y sacó de una champañera una botella del noble vino y llenó dos copas colocadas sobre una bandeja de plata.

—Y, ¿cómo pagar tanta bondad, Magdalena?

—¿Quién le dijo que me llamo así? —preguntó ella curiosa.

—Oh, yo también tengo quien me diga las cosas que me interesa saber.

No, Raf, por Dios, dígamelo, que nadie aquí sabe mi verdadero nombre, dijo ella mimosamente.

—Pues esta tarjetita indiscreta que estaba dentro de ese libro de Mauricio Barrés.

—Hago constar que me prometió ser discreto y que ya va la primera indiscreción, señor Raf.

—Esta no la reconozco porque no es mía, sino suya. Yo trataré de no imitarla a usted en ese camino, señora Magdalena; y rieron y se miraron a los ojos largamente, cogidos de la mano.

—Salud, caballero, que nos vamos haciendo informales.

Y apuraron la copa de champaña y salieron al balcón, desde el cual se divisaba el mar como un lago dormido bajo el hechizo embrujador de la Luna, que declinaba. Se sentaron cerca, el uno frente al otro, enlazadas las manos.

—¿Sabes, Magdalena, que me has hecho sufrir y gozar mucho esta noche?. . .

—El ideal, porque sufrir solo, mata; y gozar solo, fastidia. La felicidad está precisamente en alternar el dolor con la alegría; conque ya ves si tienes razón para estar agradecido de mí.

—Y me has hecho sentir la voluptuosidad de verme querido por dos mujeres distintas, ambas bellas e interesantes.

—Por sistema también lo hice. Una mujer de talento debe siempre tener para el hombre que la quiere algo nuevo, si aspira a no verse olvidada o reemplazada por otra que las más de las veces vale menos que una.

—Eres encantadora, Magdalena.

—¿Si todavía no me conoces, por qué lo dices?

—Porque nunca me he sentido tan prisionero de una mujer como hoy lo soy tuyo, aunque apenas hace cuatro horas que te trato.

Y dobló la frente sobre las manos de Magdalena.

—¿Me quieres, Magdalena? susurró.
—Todavía no; pero creo que he de quererte. Si no, no estarías aquí.

Raf alzó el rostro y los cabellos de Magdalena le rozaron la frente. Se miraron largamente, muy cerca los rostros, y Raf suplicó:

—Dame un beso.

Ella inclinó la cabeza blandamente y sus labios se juntaron a los de Raf en un beso largo y silencioso.

Sobre la línea indecisa del mar, la Aurora ponía una franja de oro, y en la infinita quietud de los cielos azules, se iban apagando melancólicamente los últimos luceros.

VII

Cuando Raf llegó al Hotel Central aquella mañana, estaba radiante de felicidad. Entre las bromas y risas de los amigos tuvo que confesar que había encontrado a su hermosa "perdida" de la noche anterior. Y como era natural en un hombre afortunado en amores, perdió el cock-thail y el almuerzo para todos, aunque hubo de conformarse cuando vio que Enrique de Picardelli pedía el champaña.

—Es regla que no manca —dijo alguien— Tú Raf, encontraste anoche lo que buscabas y Picardelli encontró lo que no había pensado hallar.

—Cuando yo pierdo lo que juego, me echo a la calle seguro de que ha de haber lío, y jamás falla.

—No estaría malo si uno perdiera antes; pero perder después es perder dos veces.

—¿Qué opinas de eso, Raf?. . .

—Que yo estoy muy satisfecho y que ojalá siempre que perdiera la pérdida estuviera tan justificada como hoy.

—¿Y tú, Picardelli?. . .
—Yo no creo en esas tonterías de torero andaluz, y creo menos

si se aplica la regla a mi caso.

—¿De manera que niegas que tú y Tina de Albarrán tenéis amores?. . .

—Pero si la he conocido anoche, señores.

—Eso bueno tienen las mujeres como Tina. No coquetean a nadie, no hacen gastos de amor superfluos, y el día que quieren se desbordan como la cerveza.

—Buenos días, señores, dijo un mozo robusto que tomó una silla y se sentó resueltamente. —Tú, agregó dirigiéndose al camarero: dame un whisky.

—Hola viejo, ¿qué es de tu vida?. . .

Furioso como siempre, ¿no es cierto?

—Claro, es claro. En este país no se puede vivir, porque está uno entre bribones hasta el pescuezo.

Todos reían divertidos de aquel muchacho que tenía la particularidad de vivir furioso.

—Calla la boca que te voy a presentar a este caballero. El señor Enrique de Picardelli. . . El señor Manuel Altamira, ex-consejal, ex-diputado, y ex-cónsul.

—Sí, señor, ex-todo, porque hoy no soy nada y con mucho gusto porque no me avengo a ser bribón.

Todos reían ruidosamente y Enrique de Picardelli veía a su nuevo amigo sonriendo, entre sorprendido y gozoso.

—Sí —continuó Altamira— usted no sabe nada, señor, usted es extranjero y a usted le engaña toda esta caterva de farsantes, pero a mí no, porque aquí todos nos conocemos. ¿Ve usted ese individuo que está allí y que parece una persona decente?. . . Pues bien, lo nombraron Gobernador de Colón y en un año se robó cien mil pesos. Entró más pobre que yo, y hoy es un potentado a quien todos respetan y hasta temen. ¿Ve usted a su compañero? ¿Lo ve tan serio, tan orgulloso?. . . Pues tiene una querida esquelética, asquerosa, a quien se le arrodilla y le llora.

Todos reían, y alguien dijo:

¿Pero tú qué sabes de eso, hombre?

—Ella, ella misma me lo contó. Y últimamente yo lo he oído a él llorando.

La explosión fue unánime y todas las personas reunidas en el "Palm Garden" volvieron la vista hacia la regocijada mesa.

—Sí continuó Altamira—, a mí que no me hagan hablar, porque "no tengo pepita en la lengua", y conozco la vida y milagros de todo el mundo.

—Tienes una lengua viperina, chico.

—Es el recurso que me queda; y como no me la pueden cortar. .

Un caballero pasó y saludó cortesmente. Todos contestaron, menos Altamira, que, rojo de ira, continuó:

—Ya usted ve, señor: todos estos caballeros se llaman personas decentes y se quitan el sombrero para saludar a un ladrón.

Risa general.

—Sí, señor, un ladrón, lo puedo probar. Usted no sabe nada, caballero, porque usted acaba de llegar a este país, pero a ese hombre lo han sorprendido robando, con las manos en la masa, y le han dicho: "Afloje, amigo, afloje ese dinero"; y ya usted ve, ha quedado tan considerado, tan principal y tan indispensable como siempre. ¡Y no quieren luego que a uno se le indigeste la comida todos los días!

—Pero ¿por qué no disimula usted?. . .La ciencia de la vida es saber uno adaptarse al medio en que vive —dijo Picardelli.

—No, señor, yo no me puedo acostumbrar a hacerles reverencias a los canallas. Usted ve aquí infinidad de individuos que todos sabemos que son ignorantes, estúpidos y rastreros; que han saltado de partido en partido y han tenido todas las opiniones; que no tienen ningún prestigio porque el pueblo los desprecia, y sin embargo, todos los Gobiernos los distinguen sin que nadie se explique por qué y se empeñan en darles un valor que todos sabemos que no tienen ni nunca podrán tener.

—Eso es verdad —refunfuñó alguien.

—Yo nunca digo mentira. Vea usted ese individuo que viene ahí. Ha sido liberal, liberal constitucional; se enroló después con los conservadores ultramontanos, luego volvió a ser liberal avanzado y hoy, como gobierna el Partido Conservador, ha ingresado en el

Partido Liberal Moderado, una nueva farsa inventada para que puedan transfugar y entrar con el Gobierno todos estos títeres hambrientos.

—Pero ¿qué hambre va a tener él si es rico, hombre?

—Ya lo sé que es rico; pero ¿te piensas tú que hambre es sólo esa necesidad natural que siente un desgraciado de comerse un plato de arroz? Hambre es esa que muestran estos individuos que siendo ricos y pudiendo vivir independientemente, se arrastran para conseguir una asignación en el presupuesto, que no necesitan. Eso es hambre, eso es hambre.

—No, hombre, déjate de historias: hambre es la que tenemos todos, y se "acabó la discusión que se discute" y vámonos a almorzar.

—Yo no; yo me voy —dijo Altamira— mientras sus compañeros se ponían en pie, disponiéndose a pasar al comedor.

—Me parece un poco exagerado este joven — dijo Picardelli viendo alejarse a Altamira.

—Sí, es un poco violento; es cuestión de carácter, pero dice algunas verdades que nadie más que él se atreve a decir.

VIII

Enrique de Picardelli era figura obligada en todas las fiestas de la aristocracia. Sus ruidosos amores con Tina de Albarrán habían acabado de completar el prestigio de su gallardía, de su chic y del dinero, que tiraba pródigamente. Además, se murmuraba de aventuras de Carnaval en las cuales no había quedado muy bien puesto el nombre de algunos impasibles maridos. Era el blanco de todas las miradas femeninas, y las niñas casaderas, y algunas pasaditas ya de temporada, lo miraban lánguidamente, entre sonrisita y suspirito cursi; y los jóvenes más llenos de pretenciones y de orgullo, se disputaban el honor de invitarlo a pasear en automóvil y terminar en el comedor del Central, para destapar el champaña a la hora del concierto.

Tina, a las bromas de las amigas, confesaba serle muy simpático

el joven extranjero, y hasta el mismo don Próspero, padre de Tina, se mostraba felicísimo ante la perspectiva de aquel matrimonio.

El Palm Garden del Hotel Central, a donde se trasladó el siguiente día de llegar a Panamá, era el sitio donde celebraban sesión permanente todos los "hombres de figura", todos los "tipos sport" de la ciudad, y como Picardelli hacía gala de una esplendidez inalterable, la posición que había alcanzado se hacía cada momento más firme.

Un día les dijo:

—Esta tarde espero a tres de los que estén más desocupados para que démos un paseo de prueba en mi automóvil.

—¿Cómo, has comprado automóvil?. . .

—Sí, he traído uno porque no me acostumbro ya a vivir sin saber que siempre me está esperando un coche a la puerta para llevarme donde me dé la gana. Además, un automóvil es siempre un vehículo del amor.

Pero el asombro de los amigos subió de punto cuando a las cinco de la tarde se detuvo frente al Hotel un magnífico "Mercedes" de 60 caballos, del último modelo, reformado y embellecido. Lo dirigía un chauffeur francés, sencillamente vestido con una librea de paño azul con botones de plata. Y lo raro del caso fue que al cerrar la portezuela Enrique de Picardelli dijo a su chauffeur:

—Vamos a La Sabana, pero queremos antes ir al Tívoli, pasando por la calle 14 y por el Instituto. Y el chauffeur había descrito el itinerario sin titubear, como un viejo cochero de la Capital.

—¿Y de dónde has sacado tú este chauffeur?— le preguntó alguien.

—Le llevo conmigo hace seis años. Lo tuve en Buenos Aires, después en París, luego en New York, y ya me acostumbré a él porque conoce todos mis gustos y mis excentricidades, y hasta mis secretos.

En La Sabana el auto se detuvo frente al bello chalet de Tina de Albarrán. La joven salió al detenerse el coche frente a la verja, como si la visita del distinguido extranjero hubiera sido anunciada.

Todos echaron pie a tierra y Tina tuvo para cada cual una frase de cordialidad. Luego, dirigiendo una mirada hacia el automóvil, exclamó:

—Qué hermoso su coche, Enrique; debe ser muy fino.

—¿Quiere usted venir? Podrá apreciarlo personalmente.

—Sí, con mucho gusto; pero permítame buscar un velo para arrollarme a la cabeza. Y subió graciosa y ágil la escalinata de mármol rojo que llevaba del jardín al chalet, mientras los jóvenes se arrellanaban en cómodas poltronas de mimbre diseminadas bajo los árboles, sobre la arena.

Una criada apareció con una bandeja de plata con algunos vasos pequeños, una jarra con agua helada, una botella de seltz y otra de wisky Spey Royal.

—Dice don Próspero que ahí les manda eso para que que se limpien de la garganta el polvo del camino, mientras viene a acompañarlos —dijo, poniéndolo todo en una mesita rústica colocada tan cerca de Chinto Almendáriz que al dejar su carga la criada le rozó.

—Chinto la tomó del brazo.

—¿Quieres venir esta noche a parrandear conmigo? le dijo.

—Déjeme, suélteme —protestó ella.

—Puercas, no les gusta más que cocheros y negros.

—Porque son más decentes que usted.

Tina apareció, puesto un velo en torno de la cabeza y vistiendo un cubre-polvo de seda clara.

—Podemos irnos cuando gusten, señores.

—Yo no voy —dijo uno— Mejor es que vayan solos. . . Ustedes son blancos y se entienden.

—Sí, vayan solos que nosotros nos quedamos con el Wisky — agregó otro.

—Ustedes son siempre los mismos —dijo Tina con una sonrisa forzada y rojo el rostro ante la rudeza de los visitantes.

—Tina y Enrique subieron al automóvil, que partió entre una blanca nube de humo.

—Hasta luego, gritó Tina, agitando su blanco pañuelo.

—Adiós, perla. Que ni allá lleguen, ni aquí vuelvan, ni en el

camino perezcan — vociferó uno de los caballeretes, haciendo gala de su gracejo neoyorkino, de su cultura balkánica.

IX

Raf venía aquella mañana pensativo y malhumorado. La noche anterior había invitado a Enrique de Picardelli a comer en compañía de Magdalena y la sorpresa de ambos y la súbita palidez de ella al encontrarse los dos frente a frente, no habían pasado inadvertidos a los ojos de Raf. Después, en el curso de la comida, Enrique había reído sarcásticamente, con una risa que Raf, buen observador, le había sorprendido en sus ratos de nerviosismo, y Magdalena, que siempre fue jovial y decidora, había bajado el rostro sobre el plato para ocultar que no comía y para esquivar la conversación. A los postres la joven se había despedido, pretextando un fuerte dolor de cabeza.

—Tanto placer en conocerle, caballero — había murmurado ella al despedirse de Enrique.

—El placer es mío, señora había respondido él inclinándose gentilmente y subrayando la frase con una sonrisita diabólica.

Después, solos ellos, habían pasado al café, donde Enrique mandó servir una champaña. Hablaron poco, de cosas sin interés, reservados ambos, presintiendo que había entre los dos algo que los hacía enemigos hasta la muerte. Luego partieron en el automóvil de Enrique y Raf se quedó en el Parque de la Catedral porque sentía un gran deseo de estar solo y de reconcentrar todos sus pensamientos. A las diez había regresado al Hotel porque tenía imperiosa necesidad de hablar con Magdalena, de que ella misma le explicara su turbación ante Enrique y la sonrisa burlona que éste había tenido toda la noche a flor de labio. Encontró a Magdalena con los ojos enrojecidos por el llanto. Al verlo entrar, la joven no le dio tiempo de que hablara y abrazándosele al cuello rompió a llorar amargamente. Cuantos esfuerzos hizo Raf por arrancarle a Magdalena su secreto fueron inútiles, y era su llanto tan amargo y su pena tan honda, que Raf al fin comprendió que debía respetar la reserva de la joven.

Magdalena se quedó dormida muy tarde, pero su sueño era intranquilo. Despertó varias veces sobresaltada y con las pupilas dilatadas por el terror. A veces, cuando recordaba que estaba cerca de

Raf, se apretaba a él como buscando un apoyo, como si quisiera no separarse nunca más de él. Por la mañana, llenos los ojos de lágrimas, se había quedado mirando a Raf fijamente y le había preguntado sollozando:

—Me quieres mucho, Raf?. . .

—Sí, alma mía, con toda mi sangre.

—¿Y no me despreciarás, suceda lo que suceda?

-No. ¿Pero por qué me preguntas esas cosas?

—Qué desgraciada soy, Raf —había terminado ella, rompiendo a llorar dolorosamente, con la cabeza hundida en las almohadas.

Raf había salido del Hotel por la mañana, cuando la hubo calmado un poco. Pensativo y malhumorado pasaba frente al Cuartel Central de Policía, cuando una voz amiga lo llamó desde una de las ventanas de la Comandancia. Era Víctor Manuel Alvarado que asomándose a una de ellas le pidió que lo esperara.

—Qué haces en la Policía a estas horas, chico?

—Me taladraron la caja de hierro de mi oficina y me lo robaron todo. ¿Te acuerdas que tú me dijiste que me iban a robar?

—Aquella puerta del patio no tenía seguridad. ¿Por ahí entraron, seguramente?

—Sí; esta mañana que llegué la encontré rota.

—¿Y qué sabe la policía de todo esto?

—Todavía no sabe nada. Los agentes de puesto en los alrededores de mi oficina no han visto nada.

Hablando, los dos amigos habían salvado la pequeña distancia que separa el Cuartel de Policía del edificio donde Víctor Manuel Alvarado tiene su oficina.

—Entra y te explicaré cómo creo que ha pasado todo.

Raf entró examinándolo todo con una mirada de detective, que no desdeña el menor detalle.

—¿Ves? Ha bastado hacer un poco de fuerza sobre la puerta para que saltara el listón de madera donde se afirmaba el picaporte. Había un solo vaso sobre la mesa, con resto de vino, lo que prueba que sólo ha habido un ladrón.

—Eso no prueba nada —dijo Raf— Las personas que han estado aquí, parecen conocer bien tu oficina, la poca resistencia de la puerta y la poca seguridad de tu caja, eso sí; pero el que haya un solo vaso usado no prueba que fuera uno solo el ladrón. Debes calcular mejor la cantidad de vino que ha sido consumida para poder apreciar el número de los que han bebido.

—Poco, porque en la botella no quedaba sino el resto de lo que dejé de mi cena de anoche.

—Yo creo que sólo una persona ha efectuado el robo. No se necesitaba la intervención de ningún compañero para hacer una cosa tan sencilla como ésta, sobre todo cuando los compañeros en esta clase de negocios resultan caros y peligrosos. Vamos al patio a ver si se descubre algo.

—Vamos; pero yo estuve con el Capitán Alvarez y no hemos encontrado nada.

Raf examinó todo cuidadosamente. No había una huella ni nada. El piso del patio, de cemento, era poco a propósito para observaciones de esa índole. Cerca de la salida del zaguán del Juzgado Superior el agua de la pluma del patio se empozaba, haciendo un poco de lodo sobre una tierra dejada allí de recientes refacciones hechas en la casa contigua. Raf recogió un papel húmero y sucio y lo desplegó. Era un sobre de carta dirigida a Víctor Manuel.

—El ladrón ha salido por esta puerta, dijo Raf. Este sobre debió contener dinero.

—No sé, no recuerdo —replicó Alvarado.

Raf indagó y buscó inútilmente. Muchos curiosos habían estado por allí antes que él y era necedad querer encontrar una pista que ya se había perdido, si acaso existió. Pero estaba preocupado. Siempre había sentido grandes inclinaciones por la difícil ciencia de los detectives; pero como en nuestro sofocante ambiente de ignorancia esa profesión resulta deshonrosa, él había acallado sus deseos para ponerlos en práctica en una ocasión propicia, y resultaba que hoy, cuando esa ocasión se le ponía delante, había llegado tan a deshora que quizás ya se le sería imposible hacer nada de positiva utilidad para descubrir el ladrón. Silencioso y cabizbajo había regresado con su amigo hacia la oficina.

—Al entrar, Víctor Manuel gritó:

—Maldito perro éste!
Y ya iba a arrojarle un palo cuando Raf le contuvo
—¿Qué te pasa con ese perro?. . .

—Que ese animal sarnoso ha venido hoy tres o cuatro veces, y lo echo de aquí y al poco tiempo regresa y se acurruca en el recibidor.

—¿Y nunca antes de hoy ha venido aquí? —preguntó Raf, con los ojos radiantes.

—No. ¿ Por qué me lo preguntas? replicó Alvarado sorprendido.
—Porque ese perro nos va a llevar a la casa del ladrón.
—No comprendo.
—Yo sí. . .Déjame.

En la acera del frente el perro, atemorizado, los veía con ojos de tristeza, escondido el rabo entre las piernas. Raf y Víctor Manuel salieron a la puerta de la oficina que da hacia la calle. El perro, al verlos salir, se alejó temiendo quizás una agresión.

—Es un inconveniente que lo hayas asustado —dijo Raf, mientras el perro se detenía a ratos y volvía la cabeza hacia ellos para proseguir su cansada marcha luego. Cuando estuvo un poco distante, Raf salió, siguiéndolo.

—Espérame —dijo—; pueda ser que te traiga buenas noticias.

X

Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Hijo, hasta miedo me ha dado verte, porque creía que te habías muerto ya.

—Yerba mala no muere, señora Matea, créamelo.
—Y que cada vez estás más gordo y más buen mozo.
—La buena vida, la tranquilidad de conciencia.
—No tientes al diablo, muchacho. ¿Tú crees que yo no sé todas tus perrerías?

—Chismes de la gente, señora Matea, que como hay aquí en este pueblo tanta gente que no quiere trabajar, para matar la ociosidad

le dan oficio a la lengua.

—Y júralo, hijo. Está este Panamá de salir huyendo.

—Pero si toda la vida ha sido lo mismo, señora.

—No es verdad, hijo, no es verdad. En mi tiempo no se veían estas cosas. Pero fue lo que yo le dije a la difunta Goya cuando ví que los gringos empezaron a poner esos carrizos para traer el agua: —Esto se acabó. Y como lo dije. Ahí está ella que lo puede decir.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—Bueno, en el panteón; pero ojalá saliera para que te contara todo lo que yo le dije, que es lo mismo que está pasando.

—No, que no salga, que se quede allí donde está la vieja esa tan fea y tan antipática.

—Hombre, ni después de muerta la perdonas.

—No: yo soy como Vargas Vila, que no perdona nunca.

—Ay, Vargas Vila. Y la buena señora suspiró recordando tiempos mejores.

—Bueno —continuó después, cambiando de tono —¿tú vienes por aquí buscando la curtidita esa que vive ahí enfrente, no es cierto?

—Ya lo dijo usted, señora Matea —respondió Raf, que había llegado al punto donde quería llegar. —Me gusta mucho esa muchacha.

—Parece mentira que un muchacho como tú, tan simpático, se enamore de esa amarillita que no tiene nada de particular.

—¿Cómo?. . .¿Y los ojos?. . .¿Y el cuerpo?

—Mejor para los ojos que te gustan hijo. A mí lo que me parece esa muchacha es una vaca espantada, con esos ojos tan pelados siempre que parece que tuviera metidos unos palitos de fósforos.

—Pero, ¿qué dice usted del cuerpo? —dijo Raf para picar a la señora.

—Comprado, hijo, comprado en la Ville de París. El día que se case va a tener una pelea con el marido, porque bien flaca que es y en la calle parece gorda, y no son todos zoquetes que se dejen engañar.

—¿Y de veras que se casa pronto?

—Yo no sé. A mí no me gusta hablar de la vida ajena, ni ocuparme de las cosas de nadie, pero par mí que ellos no necesitan casarse ya.

—Cómo es eso, explícamelo bien.

—Figúrate que se van solos para La Sabana y vienen tarde de la noche, y como el hombre no es tonto. . .

—No me diga, hombre.

—Lo han visto estos ojos que se ha de comer la tierra. Como a mí no me gusta que nadie me cuente las cosas, he apagado mi luz y los he atisbado por ahí arriba de la puerta, y si yo dijera lo que he visto. . . Además, ella se mete mucho en el cuarto de ese hombre que vive ahí donde está echado ese perro. Dizque se conocen desde chiquitos y que jugaban al escondido y a la gallina ciega.

—Y quién es el que vive ahí? —preguntó Raf un tanto nervioso.

—Un cholo que está empleado por ahí, no sé dónde y que siempre anda llevando cargas de un lado para otro y cobrando cuentas.

—¿Y ese perro es suyo?

—Sí, un perro sarnoso que todas las noches se la pasa ladrando. Dos veces lo he querido envenenar, pero como ese hombre no le da comida, al perro no le gusta la carne y no la ha querido comer.

—¿Y a qué horas viene él por la noche?

—Míralo, ahí está. Ya había demorado hoy.

Efectivamente, un individuo se acercaba a la puerta frente a la cual dormía el can. Al despertar éste y reconocer a su amo comenzó a dar saltos y a mover la cola, demostrando una gran alegría.

—Quieto, Napoleón, que me ensucias —gritó el individuo, con voz ronca por el licor.

El perro se alejó medrosamente, como si estuviera acostumbrado a recibir malos tratos de su amo.

—¿Cómo se llama el individuo ese? preguntó Raf a la señora Matea.

—Juan, pero no conozco su apellido.

—¿Y bebe mucho licor?
—Casi todas las noches se emborracha y arma escándalo con los vecinos.

El tipo salió, cerrando la puerta con un fuerte golpazo y se puso en camino.

—Bueno, señora Matea, yo me voy —dijo Raf— No puede usted decir que me olvido de las amigas.

—Quién sabe en qué bundes andas metido tú, vagabundo.
—En nada, señora, en nada. Adiós.
—Adiós, hijo, que te conserves bien.

Raf seguía de lejos al hombre, que bajó por la calle 15, cruzó luego a la 14, pasó frente al Cuartel de Bomberos y al Teatro Variedades y entró al reservado de la Cantina de Vaccaro.

—Llegó el hombre, llegó el hombre —exclamó uno de un grupo que estaba en torno de una mesa, al ver entrar al individuo.

—Ya creíamos que no vendrías más —dijo otro.
—Yo soy hombre de palabra, amigo. Oiga, usted, sirviente: traiga cerveza para todos, que yo pago.

Raf entró y tomó asiento alrededor de una mesa cercana a la del grupo, desde donde podía ver y oír todo. El camarero llegó con una bandeja llena de vasos de espumante cerveza y lo colocó en el centro de la mesa del grupo. Raf lo llamó y le pidió un Apollinaris.

Los del grupo se tragaron la cerveza sin resollar y el anfitrión mandó imperativamente repetir la dosis. El camarero protestó:

No puedo servir otra hasta que no me paguen ésta.

—Es usted muy atrevido, gritó el sujeto. Yo tengo dinero para comprarlo a usted.

—Y sacó del bolsillo un billete de veinte dólares y golpeó fuertemente sobre la mesa, extendiéndolo ante los ojos rientes y gozosos de los invitados.

Raf apuró su Apollinaris y salió. Se dirigió al Teatro Variedades y llamó a un Vigilante de Policía. —Venga usted con dos policías para

que lleven preso a un ladrón —le dijo.

El Vigilante llamó a dos agentes y salió tras de Raf, que entró nuevamente al reservado.

Al ver entrar los tres agentes de la autoridad, el sujeto, instintivamente, quiso huir y se cayó de la silla donde estaba sentado.

—Este —dijo Raf señalándolo— llévelo que yo estaré en la Policía cuando ustedes lleguen.

—¿Pero yo qué he hecho?. . .Yo no he robado a nadie.
—Tráigalo, tráigalo, y si se resiste póngale cadena.
—¿Quién paga lo que se debe? —inquirió Vaccaro interviniendo.

—Hombres, usted se ha figurado que la vida es cobrar y cobrar nada más? —preguntó un ebrio del grupo que se había disuelto en distintas direcciones.

Raf entró a la cantina de La Plata y llamó por teléfono a Víctor Manuel.

—Te espero en la Policía.

—Qué has averiguado ?

—La persona que te robó. Anda a la Policía que allí nos veremos para presentártelo.

—¿Cómo, ya lo tienes preso?
—A tus órdenes
En la puerta del Cuartel de Policía los dos amigos se encontraron cuando ya traían al ladrón. Al verlo, Alvarado no pudo contenerse:

—Qué canalla es usted, Juan —dijo.

—Perdóneme, don Víctor. Que no me hagan nada, que yo le devolveré todo.

Ya en el Cuerpo de Guardia fue registrado y se le encontraron cincuenta dólares en monedas de oro y billetes. El resto confesó tenerlo guardado en su casa.

—¿Y qué tal? —preguntó Raf. ¿Conocías al tipo?

—Sí, es un muchacho que me ha cobrado algunas cuentas y me ha hecho algunos embarques. Y tú, cómo diste con él?

—Por el perro que a tí te era tan antipático. Yo inmediatamente comprendí que el ladrón había venido con ese perro. Que por un olvido, quizás, lo dejó encerrado en el patio y salió cuando abrieron las oficinas y fue en busca de su amo. Como probablemente él se escondió con el temor natural de todos los delincuentes, el perro lo buscaba en el sitio en donde estuvieron juntos la última vez, que era tu oficina. ¿Entiendes ahora?

—Sí, efectivamente; pero no te conocía como policía.
Y los dos amigos se abrazaron.

—Bueno, ahora yo me marcho a arreglar otro asunto mío.
—Adiós, pues.
—Adiós, y acuérdate de que te debo la champaña.
—Aceptado.

Raf tomó un coche y ordenó dirigirse al Hotel Internacional. Iba feliz, con esa satisfacción que siente el que acaba de hacer una buena acción. Le contaría a Magdalena su hazaña como detective inteligente y ella, como siempre que él tenía un éxito, le daría un dulcísimo beso, uno de aquellos besos extraños, todo ternura y castidad, que ella guardaba para esas ocasiones.

Llegó al Hotel, echó pie a tierra y entró. El empleado encargado del Libro de registro lo llamó.

—La señora Magdalena dejó esta carta para usted, le dijo.

—Esta carta, murmuró Raf, intensamente pálido. Y ella dónde está?. . .

—Partió en el último tren y no dijo donde iba.

Se quedó pensativo, con la carta entre las manos, mientras una lágrima furtiva brilló en sus pestañas.

El empleado agregó para atenuar: —No se ha llevado su equipaje y ha dejado la habitación pagada por una quincena.

Raf salió sin contestar, se fue al Café del Hotel y se sentó en torno de una de las mesas.

—Déme usted un wisky, dijo al negro que llegó solícito.

Luego razgó con temor el sobre y abrió la carta.

"Rafael de mi vida:

Nos separa lo adverso de mi suerte. Cree que todos los minutos de mi ausencia estarán dedicados a llorar nuestra separación.

No manches con un mal pensamiento la albura de este único amor de mi vida.

Mientras volvemos a vernos —porque hay algo íntimo que me dice que volveremos estar juntos, te escribiré de tarde en tarde para que no olvides que me muero de pesar lejos de tí.

No trates de averiguar en dónde estoy. Podría peligrar nuestra felicidad de mañana, tu vida y la mía.

Piénsame, para que en la distancia que nos separa nuestro amor crezca, hasta asombrarnos a nosotros mismos el día de nuestra eterna unión.

Tuya toda,

Magdalena"